

# LAS MUJERES DEL FLANAGANS

ÅSA HELLBERG

*Traducción:*

MARC JIMÉNEZ BUZZI



MAEVA

*Este libro está dedicado a ti, que trabajas en el sector sanitario y de cuidados, en escuelas y guarderías o eres empleado de la limpieza, dependiente de comercio o conductor de autobús, y a todos los que no os pudisteis quedar en casa porque os necesitábamos ahí fuera.*

*¡Muchísimas gracias!*

# 1

## Fin de Año de 1982

—... Y QUE CUMPLAS muchos más —cantaba Elinor al tiempo que dirigía enérgicamente al resto del coro, formado por su hija Billie y Frankie, la hija de Emma—. Hip, hip...

Billie le siguió la corriente, pero Frankie parecía estar de peor humor que nunca.

—Hurraaa —dijo con desgana, y añadió—: ¿Ya estamos? ¿Puedo irme ya?

—¡Frankie! —gritó Elinor—. Tu madre cumple años, haz el favor de comportarte como una mujer de veintiún años.

¿Qué mosca le había picado?

Billie se acercó corriendo al sofá donde estaba sentada Emma.

—¡Feliz cumpleaños! —le deseó, se sentó junto a ella y le dio su regalo—. ¿Cómo te sientes al ser tan mayor? —preguntó.

—Pues no demasiado idiota, la verdad —respondió mientras sacaba un chal de cachemir de una caja preciosa—. Qué bonito. Muy amable de tu parte —dijo inclinándose para besar a Billie en la mejilla—. Me lo pondré las noches frías en el despacho.

Elinor vio que Emma miraba a su hija y que esta se le acercaba con pasos lentos y ostentosos y le daba su paquete.

—Felicidades.

—Gracias, cariño. —Emma lo abrió. Era un libro—. *Cómo ser una madre mejor* —leyó el título en voz alta—. Qué considerada, Frankie, me muero de ganas de leerlo —dijo sin mucho entusiasmo.

Elinor vio que Emma hacía amago de acercarse a Frankie y que esta retrocedía enseguida.

—Me tengo que ir. Feliz año nuevo y todo eso.

—¿Qué quieres decir? ¿No vas a estar en la fiesta de Fin de Año del Flanagans? —le preguntó su madre.

Frankie se estremeció.

—Eh... no. Pero pasadlo bien. Y, Billie, ponte un vestido de volantes. Combinará muy bien con tu pelo rizado.

—Tú también tienes el pelo rizado.

—Sí, pero por la permanente. Es distinto.

Frankie abandonó el séquito de su madre y dio un portazo al salir.

Emma meneó la cabeza.

—Me duele que siempre se meta contigo, Billie —protestó en voz baja.

—Me importa un bledo. Me tiene envidia, eso es todo. Nos gustamos más o menos lo mismo; es decir, nada.

Elinor intercambió con su amiga Emma la misma mirada que se habían dedicado tantas veces a lo largo de los años. Sus hijas, que tenían la misma edad, se odiaban, y Emma y Elinor no podían hacer nada para remediarlo.

## 2

COMO FRANKIE YA no se deslizaba por las barandillas desde la última planta del Flanagans, donde se encontraba el apartamento de la familia, bajó las escaleras corriendo. Su madre siempre le decía que fuera despacio, que disfrutara de todas las cosas bonitas y que pensara en lo que representaban, pero Frankie se había pasado la vida correteando por el hotel. Sabía exactamente qué diseño tenía la moqueta, quién estaba retratado en cada cuadro y que la anterior propietaria del hotel era una mujer llamada Linda Lansing; que las arañas de cristal se limpiaban una vez al año, antes de Navidad, que los suelos de mármol eran resistentes, lo que era una suerte teniendo en cuenta la cantidad de pares de zapatos que andaban sobre ellos todos los días; y que su madre y Elinor habían llegado a lo más alto de la jerarquía a fuerza de trabajo. Podía recitar todo eso incluso dormida.

Tenía que irse lo más rápido posible si quería evitar más preguntas sobre la fiesta de Nochevieja, así que pasó como una exhalación junto a Charles —a esas alturas debía de tener por lo menos cien años—, que le llevaba la maleta a un huésped. Lo saludó con la mano, y él asintió con la cabeza y pestañeó con aire de complicidad.

Después se agachó para pasar por delante de la recepción, porque allí estaba su padre y no le apetecía nada tener que responder a sus preguntas. Se armaría una buena cuando se enterara de que se había ido del Flanagans en Nochevieja, pero sería su madre quien tendría que aguantar el chaparrón. Discutían

todas las noches, así que no pasaba nada si aquel día lo hacían por culpa de Frankie. No había en el mundo entero una pareja más infeliz.

Una vez en el exterior del hotel, en Mayfair, se puso los guantes y se levantó el cuello del abrigo de piel. Hacía frío, pero se podía soportar, y tardaría veinte minutos como mucho en llegar al apartamento de Carol, en Covent Garden. Era estupendo escaparse del Flanagans.

Sabía muy bien cómo transcurriría la velada en el hotel, ya había asistido demasiadas veces. Primero, sus padres aparecerían en la escalera, sonrientes, uno al lado del otro, frente a los invitados y los fotógrafos de la prensa reunidos al pie de la escalera, y luego se les acercaría Elinor, su marido, Sebastian y su hija, la cursi de Billie. Su padre saludaría con la cabeza a Sebastian y diría: «Sebastian», y este lo miraría a los ojos, inclinaría la cabeza y diría: «Alexander». Luego reirían sin dejar de mirar a las cámaras, y al día siguiente la prensa hablaría del formidable éxito que Emma y Elinor habían cosechado junto a sus maridos.

La única pega era que su padre y Sebastian se odiaban. Odio quizá era una palabra muy fuerte, pero Frankie siempre había intuido que no se caían bien. Su relación era tan gélida como la que existía entre Frankie y Billie. Si alguien le hubiera preguntado el porqué, Frankie no habría sabido qué contestar. Simplemente, había ciertas personas que no se llevaban bien. En cuanto se apagarán los flashes, su padre y Sebastian se irían cada uno por su lado. El primero pondría mala cara y el segundo se emborracharía. No era la primera vez que pasaban juntos una fiesta de Nochevieja.

A continuación, su madre, Elinor y Billie se pasearían por el salón saludando a los huéspedes. Diana y Carlos seguro que estarían. Y Elton. Su madre se ocupaba de ellos con la ayuda de Elinor y Billie. Amaban a sus huéspedes, sobre todo a los

famosos. Si su madre hubiera invitado a Kim Wilde o a Bowie, Frankie habría considerado la posibilidad de quedarse. Pero... ¿Elton?

Habían limpiado las arañas de cristal y los cubiertos durante las semanas anteriores. El personal de servicio llevaba camisas nuevas y tenía orden de hablar con los invitados solo si estos les dirigían la palabra. Las camareras debían recogerse el pelo, ¡y pobre de la que tuviera las uñas cortas y sin pintar! Los hombres no podían llevar bigote, a menos que tuvieran un parecido sorprendente con Tom Selleck, que no era el caso. Su madre les pasaba revista con detalle antes de que llegaran los invitados. Era ridículo, pero así eran las reglas en el Flanagans.

Después de que su padre diera una vuelta para ver que todo estaba en orden, volvería con su madre, la rodearía con el brazo y la besaría en la mejilla. Como si no fuera evidente para todos que ella apartaba la cabeza. Era imposible que Frankie fuera la única que se daba cuenta de que su padre la quería más a ella que ella a él. La reina de hielo, a la que no le importaba nada más que su hotel. ¿Cómo se podía estar enamorado de una persona así? Era algo inconcebible. Pero su padre lo había estado, por lo menos hasta hacía unos cuantos años. Ahora ya solo fingía por el bien del Flanagans.

Sebastian parecía ser el único que no adoraba el hotel, pero quizá fuera por lo mucho que bebía. Tal vez no se diera cuenta de nada. Ni siquiera de cuando sus padres se retiraran con disimulo a su apartamento para enzarzarse en la primera gran discusión del año. Era difícil decir si Elinor era feliz con Sebastian. Él era atento y gracioso, pero empinaba el codo y seguro que eso no tenía ni pizca de gracia.

Las discusiones de sus padres trataban siempre de lo mismo: él se daba cuenta de que ella tenía una gran necesidad de llamar la atención de los hombres y ella decía que no era cierto. A Frankie le parecía que su madre les daba exactamente la misma coba a

todos, pero ¿qué sabía ella? Una vez había oído decir a su abuela que su madre era una casquivana. A lo mejor era cierto.

En todo caso, sería maravilloso librarse de todos esa noche.

Frankie dormiría en el apartamento de Carol. Seguro que su madre se moriría si supiera que Frankie y ella se acostaban juntas. Era posible que Tom estuviera en la fiesta y, en ese caso, los tres se entregarían a la cocaína y al amor. En cualquier caso, sería una Nochevieja memorable.

Frankie no abusaba de las drogas, no quería volverse adicta. Pero tomar cocaína de vez en cuando era fantástico. Cuando consumía, era invencible. El sexo se convertía en algo tremendamente ardiente y la vida se volvía en cierto modo cristalina. No es que ella estuviera enamorada ni de Carol ni de Tom, pero el sexo era maravilloso, y llevaba varios años tomando la píldora para no tener que preocuparse. Su madre tenía dieciocho años cuando se quedó embarazada. Seguro que por eso era tan fría. Debía de pensar que le había destrozado la vida. Frankie pronto cumpliría veintidós años, y nunca tendría hijos, porque no iba a repetir los errores de sus padres, ¿verdad?

A esas alturas, ya se había acostado con muchas personas. Se paró en Piccadilly y se puso a contar. ¿Treinta y tres? ¿No eran más? La última vez que lo había pensado, y de eso hacía solo un mes, calculó que debían de ser más de treinta chicos y once chicas. Pero dependía de cómo llevara la cuenta, porque a veces se acostaba con un grupo entero y mantenía relaciones sexuales con todos.

Había mucha gente junto a la estatua. Saludó a un par de chicos que conocía. Uno de ellos había traficado a troche y moche y lo habían pillado, pero por algún motivo se había librado de la cárcel. Buen trabajo. Frankie le sonrió de un modo alentador antes de bajar en diagonal hacia Trafalgar Square.

Cualquier otra madre habría reaccionado airadamente al ver que su hija llegaba a casa con un colocón como un piano, pero la

suya se limitaba a suspirar, se ajustaba una hombrera que estaba a punto de escurrírsele y no miraba nunca a los ojos de su hija el tiempo suficiente para ver las pupilas dilatadas y los movimientos bruscos que le provocaba la cocaína. Y su padre estaba tan ocupado mirando a su madre que tampoco se daba cuenta de nada. Así pues, en la familia Nolan uno podía drogarse sin correr ningún riesgo. De todos modos, a nadie le importaba.

Llamó a la puerta del apartamento de Carol. Las alegres voces que salían del interior indicaban que la fiesta había empezado. Tom se acercó. Le metió mano antes de que pudiera quitarse el abrigo y, casi sin saber cómo, había esnifado una raya y se había sumado a la celebración. Fue un Fin de Año sensacional.

### 3

—¿ME SUBES LA cremallera, por favor? —Emma se miraba en el espejo del armario del apartamento del Flanagans. El reluciente vestido plateado no era nuevo, pero seguía siendo bonito. Lo combinaría con pendientes de *strass* y un pequeño *clutch*; eso sería suficiente. Sería un suplicio llevar toda la noche aquellos tacones tan altos, pero era Nochevieja y no había otra opción.

Alexander le subió lentamente la cremallera y la besó en la nuca. Ella se estremeció, pero no de placer.

—Ahora no —dijo, dirigiéndose a su tocador.

—Tampoco me había hecho ilusiones —le comentó su marido—. ¿Estás lista? —preguntó mientras se anudaba la corbata frente al espejo.

—Enseguida. Solo tengo que ponerme los pendientes —repuso ella al tiempo que abría el joyero—. Pero tengo que hacer un par de cosas en el despacho. Quizá me lleve un cuarto de hora. Tómate una copa mientras tanto. —Le sonrió mientras se prendía un pendiente en el lóbulo de la oreja.

—Te acompaño.

—No, no. No hace falta. Te daré un toque cuando esté lista. Tómate una copa —volvió a proponerle.

No le importaba demasiado si lo hacía o no. Necesitaba unos minutos para ella sola antes de que empezara la celebración. En cuanto bajara al salón, apenas podría respirar hasta mucho después de medianoche, y todavía faltaban muchas horas hasta entonces. Emma no se sentía con fuerzas en ese momento para pensar en

Frankie, pero no podía quitársela de la cabeza. ¿Volvería a sentirla cerca? Tiempo atrás habían estado muy unidas, y lo echaba tanto de menos que le dolía en el alma. Pero ¿qué podía hacer?

Alexander, como si le hubiera leído el pensamiento, le preguntó:

—¿Dónde está nuestra hija?

—No lo sé. Se ha escapado hace un rato. Seguro que pensó que no me daría cuenta.

—¿No va a pasar la noche con nosotros? —preguntó Alexander, mirando a su esposa con asombro.

Ella meneó la cabeza compungida.

—No lo creo.

Por primera vez tendrían que celebrar el Año Nuevo sin Frankie.

BILLIE SALIÓ DE SU habitación en la gran casa del barrio de Belgravia, y se encontró a su padre en el vestíbulo.

—¡Qué guapa estás! —la alabó Sebastian con total sinceridad, y sonrió—. ¿Dónde está tu madre?

—Estoy aquí —anunció Elinor nada más aparecer en la puerta del dormitorio.

Su esposo silbó.

—¡Corta el rollo, papá! —dijo Billie—. ¿Nos vamos?

El vestido ajustado que llevaba su madre le marcaba todas las curvas del cuerpo, y su tez morena brillaba por efecto de la crema con la que se embadurnaba la cara. Billie se sentía ridícula al lado de aquellos padres tan atractivos. Su piel era mucho más pálida que la de su madre: por sus venas corría la sangre de demasiadas personas blancas como la nieve. Su madre era más guapa que ella, aunque fuera mayor; aquello no tenía ni pies ni cabeza. El vestido que llevaba Billie tampoco mejoraba las cosas. ¿No era ella la que debería llevar un vestido tubo?

Sebastian le ofreció un brazo a cada una de ellas y así recorrieron el pasillo hacia la escalera.

Billie odiaba que Frankie se hubiera emancipado hasta el punto de que pudiera despreciar una Nochevieja en el Flanagans. A ella ni siquiera se le habría ocurrido decir que no quería asistir a la fiesta. Como de costumbre, dentro de un momento estaría entre su madre y su padre en la famosa escalera del Flanagans, sintiéndose como una niña, pese a que pronto cumpliría veintidós años. A su edad, su madre ya era la primera directora negra del Flanagans, se había casado con su padre y había tenido una hija.

¿Y qué hacía Billie con su vida? Nada, hasta el momento. No tenía que trabajar para ganar dinero, porque su padre se lo daba cuando su madre no lo veía, y aunque cursaba algunas asignaturas sueltas y trabajaba en el hotel, lo que se dice hacer, no hacía nada.

Por otro lado, Frankie se comportaba como una fulana, bebía, se drogaba y desaprovechaba sus privilegios. Aunque tampoco es que hiciera las cosas de manera más razonable que Billie. Frankie era guapa, de una inteligencia deslumbrante y tenía una respuesta preparada en cualquier situación; había superado todos los cursos sin ningún esfuerzo y con unas notas brillantes a pesar de que la habían expulsado por su descaro, mientras que Billie había tenido que hincar los codos para acabar obteniendo peores notas que Frankie. Era la mar de injusto. Billie era siempre formal, y por eso llevaba aquel vestido tan poco *sexy* y parecía que tuviera catorce años.

«Mil novecientos ochenta y tres será mi año», pensó en el coche de camino al Flanagans. «Se lo demostraré a todos.»

ELINOR SE ACERCÓ un par de pasos hacia Emma cuando sus respectivos maridos y Billie las dejaron solas después de las habituales fotografías de familia en la escalera. Ahora se disponían a inmortalizar solo a las propietarias.

—Creo que Sebastian tiene otra aventura —susurró al oído de Emma.

—¡Vaya! ¿Por qué lo crees?

—No lo sé. Es solo una sospecha. —Mostró una sonrisa gélida y saludó a alguien que conocía mientras continuaba susurrando—: ¿Qué harías si se tratara de Alexander?

Emma se encogió de hombros.

—Casi deseo que tenga una amante. Me casé con él solo por Frankie, ya lo sabes —dijo con sinceridad.

—Ya lo sé. Pero también sé que has llegado a quererlo mucho con los años. —Elinor saludó a otro conocido que estaba al pie de la escalera. Eso les encantaba a los fotógrafos, que disparaban los flashes sin parar. A su alrededor deambulaban hombres y mujeres vestidos de fiesta.

—¿Qué harás si vuelve a serte infiel? —quiso saber Emma.

Las infidelidades de Sebastian afectaban mucho a Elinor. Había perdido la cuenta de las veces que la había herido. Los últimos diez años habían sido muy duros.

—No lo sé —susurró.

—¿Lo sigues queriendo? —preguntó Emma.

¿Qué podía responder Elinor? Por muy duro que fuera de vez en cuando, era incapaz de imaginarse la vida sin su familia. Tendría que superar también ese mal trago.

—Sí, claro, pero ¿un matrimonio no es más que el amor? —dijo—. Siempre he pensado que es algo más grande, una relación implica muchas cosas que no tienen nada que ver con el amor. Nos hemos comprometido para lo bueno y para lo malo, somos una familia. Quiero a mi familia.

—En mi opinión, lo tienes todo. Un hombre al que quieres, una hija divina con la que te llevas bien y un trabajo que te hace feliz. Además, estás sana. —Antes de darse la vuelta, Emma sonrió por encima de la barandilla hacia la lente de una cámara.

Su amiga soltó una risita.

—Tienes razón, lo tengo todo. —Se le hizo un nudo en el estómago. «Eso significa que puedo perderlo todo», pensó cuando sus miradas se cruzaron. Luego le hizo la misma pregunta de siempre—: ¿Qué deseos tienes para el nuevo año?

—Que Frankie y yo volvamos a estar unidas —afirmó Emma sin dudar—. ¿Y tú?

—Que mi matrimonio sobreviva a 1983.

Después de una leve inclinación de cabeza y una sonrisa que confirmaba la profunda amistad y confianza que se tenían bajaron la escalera y fueron, cada una por su lado, a atender a los invitados del Flanagans.

El nudo en el estómago de Elinor seguramente también se acabaría aflojando en esa ocasión.

## 4

EL DÍA DE Año Nuevo Frankie llegó a casa y llenó dos grandes maletas.

—Gracias por todos estos años. Me voy de casa. —Su mirada rebelde se cruzó con la de Emma.

Su madre se quedó de piedra. Quería tirar de ella y gritar que no, ahora no. No ahora que estaban tan distantes la una de la otra. Pero, por supuesto, no lo hizo.

—¿Cómo? ¿Y eso? ¿Tan de repente? ¿Adónde irás? No quiero que te vayas.

—Voy a vivir en casa de Carol. El número de teléfono está en la cocina. ¿Algo más?

Como de costumbre, hablaba con un tono conciso y tajante al que Emma era incapaz de acostumbrarse, pero intentó que no notara lo triste que se sentía. Ella misma se había escapado de casa cuando tenía dieciocho años, ¿cómo iba a juzgar a Frankie, que era varios años mayor?

—Por favor, Frankie, querida, ¿no podríamos hablarlo, por lo menos? ¿Vas a trabajar? ¿Estudiarás? ¿Necesitas un trabajo en el hotel? ¿Quién es esa Carol? Ven, tómate el desayuno conmigo, puedes irte después. Pediré el coche y Charles te llevará. —Miró a su hija con aire suplicante.

Pareció que Frankie dudaba un momento, pero después agarró sus maletas.

—Dile a papá que lo llamaré —dijo antes de irse.

¿Qué podría haber hecho Emma para detenerla? Sin duda, podría haber sido tan estricta y controladora como su madre, pero, ¿adónde había conducido aquella actitud? Emma no había querido hacer de Frankie su prisionera, sino que deseaba para ella una adolescencia más libre. Sin embargo, ahora se desesperaba porque Frankie no daba la menor muestra de querer suavizar su comportamiento. Estaba siempre furiosa. No solo con Emma: Alexander y Billie también recibían dosis de su rabia. La única a la que parecía aguantar era a Elinor. A Sebastian no le hacía el menor caso. «El borracho de Belgravia», lo había llamado el otro día, y Alexander se rio como si hubiera dicho algo gracioso, pero Emma la había gritado. Había ciertos límites y su hija no podía llamar a otras personas como le diera la gana. Puede que especialmente a Sebastian.

Cuando Alexander se sentó a la mesa del desayuno, Emma le sirvió té y le acercó el plato con los bollos.

—¿Era Frankie la que ha dado un portazo? —preguntó su marido.

Ella asintió.

—¿No va a comer nada?

—Estaba de paso —dijo Emma—. Al parecer, se muda a casa de su amiga Carol, a un apartamento de Covent Garden.

Dio un sorbo al té caliente mientras miraba la mesa sin ver nada. ¿Era aquello un castigo porque Frankie no había sido una hija deseada? El amor ardía en su pecho, pero había estado a punto de abandonarla. ¿Lo intuía Frankie? ¿Le habrían llegado atisbos de la verdad, pese a que Emma y Alexander habían acordado no contarla nunca? La única que conocía toda la verdad era la propia Emma y se llevaría el secreto a la tumba.

—¿Emma?

Ella levantó la vista.

—¿Sí?

—Estás absorta.

Asintió con la cabeza.

—Estoy preocupada por Frankie —pronunció a media voz—. Cada vez se aleja más de mí. No sé qué hacer.

La discusión de la noche anterior había terminado, como solía ocurrir últimamente. Ambos estaban cansados y ninguno de los dos tenía fuerzas para retomar la pelea donde la habían dejado unas horas atrás. Las quejas de Alexander de que a ella no le importaba, de que no quería hacer el amor con él pero no tenía ningún problema en flirtear con todos los demás hombres, eran siempre las mismas.

—¿Más té? —preguntó Emma.

—Sí, gracias —convino él con una sonrisa.

—Si Frankie se ha ido de casa, yo también te dejaré —dijo sin inmutarse mientras ella se servía té en su taza—. Encontrarás a quien me sustituya como jefe de recepción. Creo que estamos de acuerdo en que nuestro matrimonio está acabado.

Ella lo miró con escepticismo mientras intentaba pensar en algo que decir. ¿Debía decir que no estaba de acuerdo, que tenían que darse otra oportunidad? Puede que se quedara un día más si iba con él al dormitorio y le daba lo que deseaba. Pero entonces tendría que hacerlo con regularidad, y no sería capaz. Hacía mucho que había perdido el deseo sexual. No era culpa de él, ni tampoco de ella. Era así, sin más.

—¿No tienes nada que decir después de tantos años plegándome a tus condiciones? —Lo dijo como si quisiera que ella protestara.

Emma apartó la silla y se levantó mientras se secaba la boca con la servilleta de lino que tenía en la rodilla. La dejó lentamente encima de la mesa.

—No, no tengo nada que decir. —Le volvió la espalda a su marido y salió del apartamento. Iba a empezar un nuevo día de trabajo.